

Variaciones sobre Hemingway

Hugo Burel

Gato bajo la lluvia

1

Había aceptado dar el seminario porque no tenía nada mejor que hacer ese día y a esa hora y lo que me pagaban no estaba mal. “Técnicas de escritura” para un grupo heterogéneo y por suerte bastante joven, gente vinculada a la publicidad y a los medios, aspirantes a guionistas. Había alguno que solo quería escribir un poco mejor.

Lo primero que les dije fue que nadie puede enseñarle a escribir a nadie, salvo las maestras de la Escuela. Para lo que viene después, la escritura es un don o una calamidad y se mejora o estanca según sopla el viento. Lo único que la favorece es la lectura: leer para escribir mejor es mi receta. Todo lo demás es pura estrategia para engañar a los incautos y los talleres de escritura son solamente un espacio de terapia y un amable intercambio de manuscritos. Y los primeros que lo saben son los autores que dirigen esa farsa a cambio de dinero.

En esos últimos años –les dije– yo había conducido grupos de lectura y me había sentido muy bien estimulando a que damas y caballeros maduros volvieran a leer lo que ya habían leído y olvidado o descubriesen obras y autores cuyo valor ignoraban. Yo había sido una especie de guía turístico de la literatura y eso me había gratificado el espíritu y en lo material. De modo que, el título del seminario, puesto

por la institución que lo había organizado, estaba equivocado. En realidad no me habían consultado. No se trataba de “Técnicas de escritura”, sino, quizá más sencillamente, de “Estrategias para la lectura”. La base de todo estaba en una realidad que cada vez más rompía los ojos: la gente cada vez lee menos, en especial los más jóvenes.

¿Qué libro están leyendo ahora mismo?, les pregunté a boca de jarro y enseguida tomé el marcador y me dispuse a anotar en la pizarra blanca los títulos que cada uno debía decirme. De nueve presentes, solo cuatro estaban leyendo un libro en ese momento. Los nombres eran: *Game of Thrones*, *El libro de los abrazos*, *Cujo* y *Manual del idiota sudamericano*. No importa qué significaban desde el punto de vista literario, los tomé solo como un dato a tener en cuenta para conocer el material humano al que me enfrentaría a lo largo de seis clases de una hora y media.

Del resto que en ese momento no estaba leyendo nada, dos confesaron que hacía más de tres años que no leían un libro. Otros tres, hablaron de cuatro a seis meses. Visiblemente avergonzado, un joven empleado bancario –ignoro qué buscaba obtener del seminario con el título equivocado- admitió que el último libro que recordaba haber leído era el manual de Windows XP.

Luego de anotar y escuchar descargos lo único que les dije fue que estábamos ante un caso, si no perdido, al menos grave en lo referente a hábitos de lectura.

Enseguida encendí el cañón conectado a la laptop y coloqué el pendrive en la computadora. Ubiqué en el escritorio la carpeta del periférico, la abrí y cliqué sobre un documento jpg. Lentamente la pantalla ubicada a mi espalda se fue iluminando y la imagen del viejo escribiendo a mano sobre una pequeña mesa de madera apareció en

blanco y negro. Bajo el techo de una tienda de campaña se veía la cabeza atareada y el pelo aplastado y peinado hacia atrás y la barba encanecida sobre la piel curtida, los lentes ovalados de montura fina, los brazos bronceados y flacos asomando de las mangas remangadas de la camisa, la mano derecha sosteniendo la pluma: una imagen icónica y sobradamente difundida desde hacía decenas de años, medio siglo como mínimo. “Papá corrige”, podría llamarse.

¿Qué fecha es hoy?, les pregunté.

Primero de julio, dijo una de las chicas, la lectora de *Game of Thrones*.

¿De qué año?, pregunto otra vez, mientras todos miran la foto del viejo. Alguno se mira con el que está al lado. Piensan que estoy loco o que me estoy haciendo el vivo.

Dos mil oooonce, contestan varios a coro.

Quiere decir que mañana es dos de julio, sábado, ¿verdad?

Todos asienten, cada vez más desconcertados.

¿Alguien puede decirme qué acontecimiento cumple mañana medio siglo? A ver: ¿qué sucedió el dos de julio de mil novecientos sesenta y uno, más precisamente, temprano por la mañana?

Silencio.

2

Seguían mirando la foto sin responder qué se conmemoraba al otro día, sábado 2 de julio de 2011. Ninguno lograba identificar al viejo que escribe o corrige, indiferente a lo que sucedía a su alrededor, incluidos los que estábamos en el salón. En el momento en que le tomaron la

instantánea no tuvo conciencia de que esa sería una de sus fotos más difundidas, junto con la del rompevientos o, una de las últimas, la que aparece sentado a la mesa de la cocina, el pequeño vaso en la mano derecha, el ave muerta -un faisán- y la pequeña cortapluma Victorinox abierta y puesta de canto. Allí ya tiene cara de enajenado, una mirada que no disimula la incertidumbre de no saber lo que sigue. O quizá de saberlo. Lleva el pelo desordenado y peinado hacia adelante, como un emperador romano. Pero lo más impresionante de esa foto es la mirada, porque ya empieza a ser la mirada del adiós.

¿Quién es el hombre que están viendo?, pregunté por fin, aunque pensé que la pregunta correcta hubiera sido: ¿cuánto hace que un viejo no les llama la atención? Estaba claro que sus referentes inmediatos, de acuerdo a la edad promedio del grupo, debían ser deportistas, artistas del cine, la música o la televisión. En ningún caso un escritor muerto hacía exactamente medio siglo.

Es un escritor, ¿no?, preguntó la chica de pelo rojizo, vestida de negro y labios color vampiro. Parecía la heroína de Stieg Larsson. Estaba sentada al fondo del salón y mordía su birome con minucia.

Caliente, caliente... comenté y una luz de triunfo le iluminó los ojos cargados de rímel bajo los párpados oscurecidos.

¡Sí, es un escritor!, casi grité y miré a los otros. Uno de los creativos publicitarios, el más joven, pareció entusiasmarse y se animó a preguntar: ¿es uruguayo?

Frío, frío, dije. No es uruguayo, no hubiera podido serlo bajo ningún punto de vista. Piensen en lo que ven en esa imagen, agregué. Si hubiera sido uruguayo, en esa foto faltaría algo muy importante, ¿verdad? Eso que nos distingue de otros pueblos, incluidos nuestros hermanos argentinos.

¡El mate y el termo!, exclamó la chica ubicada junto a la pelirroja, que

era un poco gordita y no se había quitado su gorro de lana ni sus guantes. Por lo que había leído en su ficha era la telefonista de una agencia de relaciones públicas.

Notable deducción, le dije. Daiquiris, whisky, vino, ron, margaritas, cerveza, mojitos, café, brebajes diversos, lo que imaginen, menos mate. Sigamos avanzando: es escritor, no es uruguayo. Voy a darles una ayudita: creía que París era una fiesta y antes le había dicho adiós a las armas. Además de escribir le gustaban la caza y la pesca, las mujeres, las corridas de toros, el boxeo y amaba a los gatos. Pero por sobre otra cosa, le atraía la muerte.

Otra vez silencio.

Miro sus rostros, impertérritos pero no ausentes. Quizá no les afecte la ignorancia sobre el viejo de la foto. Han crecido sin saber nada sobre él, y tal vez no les ha ido mal. ¿No lo leyeron en el liceo o en preparatorios? No estoy al tanto sobre los programas de estudios, no sé cuáles son los autores que integran esos programas. Sin embargo me empeño en continuar el acertijo. Tengo que concluir que, sin dudas, no saben quién es el viejo de la foto. Por más pistas que siga dándoles no van a decirme su nombre ni qué escribió. Ni siquiera deben haber leído en la prensa o visto en los noticieros de televisión los informes que se ocuparon del aniversario de mañana.

Enfrentados al enigma, este no les afecta: saber o no saber quién es el tipo no va a cambiarles la vida. Y sin embargo, me niego a aceptar esa carencia, porque en definitiva es aceptar una pérdida, admitir un hándicap. Lo inmediato a ignorar quién es el viejo radica en algo peor: no haberlo leído. Pero ya sé que leen poco o no leen nada. Estoy ante los despojos que han dejado décadas de desidia y equivocaciones en el sistema educativo y en la cultura en general. La cultura como campo de batalla política, la cultura gramsciana, la cultura monopólica y tuerta.

Me viene el recuerdo de otra clase, de hace veinte años, en una universidad privada. Doy un curso sobre modernidad y posmodernidad. Intento explicarles a treinta estudiantes qué ha quedado de la modernidad y si es este un proyecto agotado y sustituido por el mundo posmoderno, individualista, hedonista y dominado por lo inmediato. Les hablo de Baudelaire y su reflexión sobre la vida moderna y sobre el *spleen* del hombre moderno. Un alumno levanta su mano y me pregunta “¿Quién es Baudelaire?”. Su tono y su actitud tienen algo de iracundia, de desafío. Le digo que es un crítico y poeta francés, simbolista, autor de un libro decisivo llamado “Las flores del mal”, escrito en la segunda mitad del siglo XIX. Le indico que en el liceo tuvo que haberlo estudiado y por lo tanto debería conocerlo. El joven sonrío con insolencia. “No sé quién fue Baudelaire, pero además no me interesa”, dice en un tono neutro o indiferente. Luego argumenta que ha venido a buscar otra cosa a la universidad, que lo único que le importa es licenciarse en comunicación y ocuparse del presente y no del pasado. Y mucho menos de poesía.

Su respuesta brutal me dejó sin capacidad de reacción y solo le dije que cada uno era responsable de cultivar su propia ignorancia. Quizá debí intentar un alegato más vehemente o al menos lograr que el alumno depusiera por un instante su necedad y aceptara revisar su actitud arrogante. Pero no hice nada de eso y dos décadas después el incidente sigue estando atragantado en mi conciencia. Y hoy ha regresado porque los alumnos de ahora no saben decirme qué le pasó hace cincuenta años al viejo de la foto. Estoy seguro que tampoco a ellos les interesa Baudelaire.

Siguen en silencio y no se animan a arriesgar más nada. Entonces, el empleado de Banco levanta la mano: “¿Hemingway?”, pregunta, con miedo y duda, casi en un susurro.

¡Sí, Hemingway!, casi grito, y abro los brazos con alivio mientras el rostro del bancario se enciende de emoción o vergüenza. Tiene unos veinticuatro años y es el mayor del grupo. Pienso enseguida de dónde sacó la respuesta y cómo demoró tanto en decirla. Los otros anotan apresuradamente el nombre que acabo de escribir en la pizarra: Ernest Hemingway- 1899-1961.

¿Cómo lo supiste?, le pregunto al bancario.

El joven vacila. Después explica que lo *gugleó* con su teléfono y buscó en imágenes de escritores famosos. Encontró una parecida a la que estábamos viendo. Levanta su celular y me muestra la pequeña pantalla con la efigie de Hemingway y el nombre escrito debajo.

Un sordo furor me invade, pero como puedo me contengo de arrebatarse el celular al joven y arrojarlo contra el piso. A partir de hoy y en las clases sucesivas les ruego que apaguen sus celulares, digo y me siento un imbécil. Se que en ese momento prefería la ignorancia al descubrimiento de la identidad del viejo por esa vía azarosa.

Bien, es Hemingway, pero ¿Qué hizo en un día como el de mañana, hace medio siglo, en su casa de Ketchum, Idaho?

¿Se murió?, pregunta el chico ubicado más al fondo del salón, el más tímido, al que ni siquiera le interesaba ver la foto porque todo el tiempo había mantenido su mirada baja, fija en una cuadernola abierta, sobre la que garabateó sin cesar desde que yo había empezado a hablar.

Esa fue la consecuencia de lo que hizo, le digo.

3

Tomó una escopeta de caza, una vieja carabina, apoyó sus caños

sobre la frente y disparó: fue eso lo que pasó hace cincuenta años mañana, les dije por fin, cansado del juego de adivinanzas inútiles. Pero no fue solo de eso que Hemingway murió, agregué. Pude ver sus expresiones de sutil asombro, alguna divertida, quizá. Empezaron a ver la foto de otra manera y acaso sintieron un poco de piedad por el viejo que escribía.

¿Estaba enfermo?, preguntó el más joven.

Sonreí, porque vi la intención de la pregunta. Siempre se busca una justificación ante decisiones extremas como el suicidio.

Había estado en cinco guerras, dos de ellas mundiales – empecé a develar sin orden al personaje- sobrevivió demasiado: un accidente en una ambulancia, en la primera guerra mundial, con más de cien fragmentos de metralla extraídos de sus piernas, luego de la explosión de un obús. Dos accidentes de avión con conmoción cerebral en el segundo. Miles de tragos tomados en cuatro continentes, sin contar la hazaña de beberse dieciséis daikiris dobles sin azúcar en menos de seis horas sin padecer un coma etílico. Pero también sufrió bipolaridad, diabetes, disentería, ántrax, un cáncer de piel, nefritis y oftalmitis, cirrosis, paranoia, electroshocks, impotencia y, al final, incapacidad de escribir. En realidad siempre buscó la muerte como un cazador que persigue su presa, pero no fue el disparo o una enfermedad la que lo mató: fue la elegancia.

Lo último que dije provocó la duda en los rostros y las miradas se desentendieron de la foto y me enfocaron como si hubiera dicho un disparate. El empleado de banco reaccionó: ¿cómo la elegancia?

Bueno, es una teoría en la que he pensado bastante, dije sin ánimo de exponerla. Si no conocían al viejo era difícil que pudiera explicárselas, pensé, pero enseguida comprendí que era tarde para retractarme: había deslizado un concepto quizá vago para explicar una

muerte como la de Hemingway. Acababa de hablarles de una escopeta con sus caños apoyados en la frente y eso no tenía nada de elegante.

Una vez Hemingway había dicho que el coraje era la elegancia bajo presión, dije. Una frase que merecía estar entre las más inteligentes que había escrito. Él había admirado el coraje y por supuesto lo había ejercido cuando pudo, o al menos había tomado riesgos, que no es lo mismo.

Yo creo que el coraje es una virtud, agregué, algo que se tiene y aflora de manera consciente. En cambio, arriesgarse, es también ser inconsciente, no reflexionar o no medir las consecuencias ante el peligro. El corajudo sabe hasta dónde llega, el arriesgado, no. Creo cuando Hemingway hablaba de la elegancia bajo presión para definir el coraje, se refería a esa condición de total autodomínio, de la lucidez ante el peligro. Como diría Borges, ante el peligro uno sabe por fin quién es.

4

¿Por qué a un grupo de jóvenes heterogéneos y con ilimitadas expectativas de vida habría de interesarle saber de qué se trataba la elegancia y el coraje según Hemingway? Pese a que vivían en un mundo inseguro en el cual se podía morir por un par de zapatillas deportivas, el coraje era una noción extraña que quizá pertenecía a un pasado remoto. Era probable que lo vincularan a los héroes de la patria o a algún personaje de ficción, como los X Men. En cuanto a la elegancia, quizá les sonase relacionada con la moda, como el glamur o el charme, términos, dicho sea de paso, ya en desuso.

De modo que cuando empecé a explicarles mi teoría sobre la muerte de Hemingway, comprendí de inmediato que no les interesaba. Entonces, un chico que todavía no había abierto la boca y ni siquiera había mirado la foto proyectada en la pared, levantó su mano. Era una buena señal: al menos estaba dispuesto a interrumpirme y salir de su actitud refunfuñada y distante:

“No se la bancó, ¿verdad?”, dijo con un tono de fastidio. “Si era tan bueno y exitoso, ¿qué le pasó?”.

El chico hizo una pausa, y como yo no le respondí, agregó:

“Me parece que fue un cobarde”.

La chica del pelo rojizo, terció:

“¡Qué sabés, estaba enfermo!”

Con un gesto, traté de cortar el debate.

Entonces intervino la gordita que por fin se había quitado los guantes, pero no la gorra: “No se puede juzgar a nadie que se mata”, dijo. “Hace dos años mi hermano se colgó del duchero”, agregó y enseguida su rostro se compungió y dos lágrimas le corrieron por los cachetes encendidos. De inmediato supe que el tema se me estaba yendo de las manos. No había sido una buena idea empezar a hablarles de Hemingway precisamente por el final.

Un chico de pelo enrulado que se había sentado al fondo del salón, alejado y oculto tras unos lentes oscuros dijo, con una voz asombrosamente profunda para la edad: “Nos querés educar con la mierda que escribió un tipo que se mató, mirá qué buen ejemplo”.

Todos se volvieron a mirar al que había jugado ese naipe tan fuerte. Lo miré sin responder, tratando de medir qué iba a decirle.

Que se haya matado no significa que lo que escribió quede invalidado por esa decisión: no confundas la escritura con la vida o, en este caso, con la muerte, dije y miré el reloj. Tenía diez minutos más de clase para

intentar equilibrar los tantos. Entonces, el empleado de banco, pese a tener el celular apagado, volvió a encestar:

“¿Por qué conmemoran la muerte?”, dijo con total lucidez y simpleza.
“¿No sería mejor el nacimiento?”

Tenía razón en general, pero no en este caso concreto, no con los artistas y menos con los escritores. Cuando se nace no se es nadie, apenas una incógnita que los años irán desvelando. Al morir, tal vez la incógnita haya quedado develada, se pasa raya y se sabe qué quedó si es que algo puede quedar. Picasso, por ejemplo, era un viejo bastante crápula, pero un genio que dejó tras de sí una obra diversa que cada día se cotizaba más. En cambio, un escritor como Juan Rulfo había dejado muy poco: algún guión de cine, fotografías, unos cuentos geniales y un par de novelas, entre ellas la soberbia Pedro Páramo. Y sin embargo ambos, Picasso o Rulfo, tenían sobrados motivos para que, desde donde fuera que estuviesen luego de morir, sintieran que algo los había sobrevivido: arlequines cúbicos o el polvo de Comala.

Pensé en todo eso pero no lo dije. El punto era que el joven bancario tenía razón y en el caso de Hemingway, su encesto equivalía a un triple. El viejo de la foto había cometido el suicidio más paradigmático del Siglo XX. Era el suicida por antonomasia porque ningún otro suicida se le podía igualar en coherencia escénica, medio utilizado y espectacularidad salvo un colega, el japonés Yukio Mishima, que se había abierto la barriga al uso samurái. Y vaya que hubo elegancia y coraje en ese gesto que, además, culminó con una dificultosa decapitación post mortem a cargo de Hiroyasu Koga. En 1911, Emilio Salgari se había quitado la vida con el mismo procedimiento que Mishima, pero tal vez sin la espectacularidad de aquel. Enseguida recordé que Louis Ferdinand Céline había muerto la víspera en que Hemingway se había suicidado, exactamente el día antes, de un

aneurisma cerebral. Pero esa muerte a los 67 años no iba a ser recordada porque su colega norteamericano se había quedado con el año, el mes y el día posterior para acaparar el recuerdo y la atención con ese escopetazo radical y absoluto que en definitiva no le agregaba nada a la obra ni tampoco a la vida.

Céline había muerto siendo execrado por antisemita pero también reconocido por autores como Charles Bukowski, Jean-Paul Sartre, Henry Miller, William S. Burroughs, Kurt Vonnegut, -y por supuesto Juan Carlos Onetti- que admitieron una profunda influencia de este autor en sus obras. En cambio, Hemingway se había volado la cabeza casi como lo habría hecho un personaje de Céline. Pero claro, el grupo que tenía delante no necesitaba de esa relación que yo podía indicarles para complicarles un poco más la existencia a partir de la literatura. Para ellos, por lo visto, el viejo de la foto era ahora un cobarde. O al menos alguien que se presentaba ante ellos con la medalla del valor salpicada de sangre suicida. Y ya sabemos que del suicidio no se habla porque jamás será bien visto por nuestra sociedad occidental y judeo cristiana. Por más que se tratara de Hemingway.

5

En los últimos diez minutos que quedaban de la clase les suministré a los alumnos un link de internet para que bajaran el cuento *Gato bajo la lluvia* de Ernest Hemingway. Les expliqué que era uno de los primeros que había escrito y que en él había material de sobra para trabajar la lectura como modo de mejorar la escritura.

El empleado de banco preguntó por qué lo había elegido. “Porque es

muy bueno”, le dije. Pude agregar también que tenía un clima único, asordinado, lleno de sugerencia y ambiente. Que desarrollaba una anécdota entrañable y magistral y un formidable retrato del alma humana esbozado con muy pocos detalles. Que como acostumbraba a hacer su autor, los nueve décimos de la historia estaban sumergidos, vivos y latentes, como lo aconsejaba su teoría sobre el iceberg. Por demás, era un cuento accesible y llano para su comprensión inmediata y su remate era magistral.

Pero no dije nada de eso porque esperaba que ellos lo descubrieran solos si es que el viejo de la fotografía continuaba vigente pese al medio siglo del escopetazo.

Di por terminada la clase y apagué el proyector mientras los alumnos iban retirándose sin hacer comentarios. Sentí que algo les había cambiado el talante luego de la hora transcurrida. Solo esperaba que cuando cada uno llegase a su casa se pusiera a bucear en la web para gulear a gusto sobre el escritor de la foto. Habían empezado por el final porque yo había tenido la mala idea de hablarles antes de su muerte que de su vida. El medio siglo desde la mañana de Ketchum había impuesto el peso de la leyenda de la cabeza volada. No obstante, yo confiaba en la magia de la lluvia sobre el pueblito en la costa italiana, en el refugio del hotel y en sus dos pasajeros extranjeros encerrados en un cuarto, en el caballero del lugar que conocía el alma femenina y en el gato que bajo la lluvia o en brazos de una mucama se convertía en una cifra de la seducción. Hemingway vivo y en estado puro.

El doble

La noticia apareció en primera página del Miami Herald. Iba acompañada de una foto que parecía tomada dentro de una pesadilla. En ella se mostraban hombres maduros, de barba y pelo canoso y cutis encendido, vestidos de manera similar con camisas caquí, chalecos de pesca, gorras de béisbol o rompevientos de espesa lana. Aparecían formados como un equipo deportivo, unos de pie y otros agachados. Todos se parecían entre sí y lo pesadillesco eran las sutiles diferencias en estatura o las mínimas variantes en la vestimenta. Parecían un elenco de mellizos desparejos. El titular era escueto y no necesitaba explicar nada: “Eligieron el doble de Papa”.

El texto de la información consignaba que “Un hombre de 55 años del estado de Texas, con la característica barba blanca y un suéter de pescador, ganó el concurso de dobles del escritor Ernest Hemingway, uno de los atractivos del festival de seis días que conmemora los 110 años del nacimiento del autor ganador del premio Nobel en 1954. Vestido con cuello de tortuga de pescador, a pesar de que hacían 32 grados centígrados, David Merryl venció a otros 139 participantes en el concurso “Dobles de “Papa Hemingway”, celebrado el sábado en el bar Sloppy Joe, uno de los favoritos del autor.

Es muy posible que el suéter los haya convencido, dijo un sudoroso Merryl, quien admitió que haber pasado calor valió la pena. Esta era la octava vez que Merryl participaba en la competencia. El ganador dijo que comparte el gusto de Hemingway por la pesca y los cócteles, pero

no tiene aspiraciones literarias.”

Concursos similares se celebran también en La Habana, en Pamplona, en San Fermín, alguna vez en París, y en todos los lugares en los cuales Hemingway vivió o estuvo de paso con cierta permanencia. Y Meryll había competido en varios –menos en el de Cuba- desde que tomó conciencia de su parecido con el escritor, aunque el que por fin había ganado era el que más se había esmerado para lograr el parecido.

Meryll era hijo único y había nacido en San Antonio, Texas, y allí había vivido siempre, trabajando en una empresa turística de su tío. Su padre fue un militar afincado en la base aérea de Lackland y su madre una frustrada concertista de oboe. Ambos murieron cuando él no superaba los veinte años. Su padre se mató en un accidente de automóvil y su madre se suicidó un año después metiendo la cabeza en el horno de la cocina luego de abrir la llave del gas.

Meryll había leído a Hemingway en la escuela secundaria –*El viejo y el mar* y *Adiós a las armas*- pero la literatura no le interesaba. Una vez graduado de bachiller no había logrado el ingreso al Centro de Ciencias de la Salud de la Universidad de Texas y su vocación por la medicina se había perdido en el devenir de los años sucesivos al frente de una flota de vans de turismo.

El parecido con Hemingway lo descubrió por casualidad cuando su barba –que usaba desde muy joven cuando había integrado un grupo amateur de música country- empezó a encanecerse y su cuerpo a engordar. La cara se le volvió ancha y el cuello engrosó a la par que el abdomen creció por obra de las cervezas que acostumbraba a tomar luego de trabajar.

Cuando tomó conciencia de que se parecía a Hemingway estaba casado con una antigua compañera de estudios que había

reencontrado quince años después que dejara la secundaria. Ella era odontóloga ortodontista y tenía un consultorio en la zona del distrito financiero de San Antonio. Fue ella la que le emparejó su dentadura con la de Hemingway, pero eso lo hizo cuando ya se habían separado y tenían una hija autista de seis años. Él por supuesto tuvo que pagar el trabajo y hacerlo por fuera de la mensualidad estipulada tras el divorcio.

Merryl siempre pensó que eso del parecido era como un don que de pronto había empezado a manifestarse, pero que él nunca había buscado ni sospechado tener. Siempre decía que de pronto la cara y el cuerpo de Hemingway habían empezado a aparecer por debajo de los suyos y que entonces fue inútil hacerse el desentendido. Sus propios amigos le comentaban cuánto se parecía al escritor y enseguida lo alentaron a cultivar ese parecido.

La incipiente fama de doble de Hem hizo que pronto le llegasen propuestas para participar de los concursos que se realizaban anualmente en distintos lugares de Estados Unidos. Al principio no se lo había tomado en serio pero luego y de forma paulatina la cuestión del parecido empezó a ocupar su mente y a controlar sus hábitos. Por empezar se compró algunos libros con fotografías de Hemingway y buscó de manera metódica cultivar el parecido.

Sin lugar a dudas, el suyo era un caso asombroso, porque a la similitud en los rasgos faciales que empezaban por la famosa barba –y que muchos sosías se preciaban de tener- Merryl le agregaba un extraordinario parecido con el resto del cuerpo del escritor. Era macizo y vital, un poco patizambo y de una altura similar a la de Hemingway, con lo cual aventajaba a la mayoría de sus competidores que solo aportaban una imitación facial que luego se desbarataba en cuerpos bajos o demasiado esmirriados. La cuestión de parecerse a Hemingway a veces le facilitaba el ligue con algunas damas por lo general maduras

que jugaban a soñar que estaban con el autor de *París era una fiesta*. Meryll ya estaba divorciado y había pagado por su nueva dentadura lo que su ex mujer le había facturado sin ninguna clase de descuento.

Meryll ni siquiera leía a Hemingway porque estaba convencido de que eso no le aportaba al parecido. En realidad no era un lector de nada salvo manuales turísticos y algún ejemplar de National Geographic. En su tiempo libre prefería ver la televisión y seguir al equipo de básquet de San Antonio, los Spurs, que disputaba torneos de la NBA. En su juventud, Meryll había sido jugador semi profesional de Hockey sobre patines. En el presente, era un apasionado del póker, la cerveza y las barbacoas de fin de semana en casa de amigos. Y por supuesto, su actividad principal era parecerse el máximo posible a Ernest Hemingway.

Tal vez el factor que decidió su triunfo en el último concurso, fue la cirugía de nariz a la que un año y medio antes se había sometido para obtener, por fin, un perfil casi idéntico al de su imitado. Se la había realizado el doctor Adam Loewel, en su clínica privada de Dallas y Meryll había pagado diez mil dólares por una corrección mínima pero decisiva. En realidad la cifra era el producto de una asombrosa buena racha con los naipes y de algo que tenía ahorrado.

El premio en metálico que acaba de obtener no cubría los gastos de la operación, pero el triunfo en Florida compensaba los años de esfuerzo en el parecido cultivando la barba emblemática y asumiendo tics y gestos del imitado, como por ejemplo la manera en que los ojos se le empequeñecían al reírse a carcajadas. La prueba del parecido era la fotografía que le tomaron luego de recibir el premio: Meryll aparece sosteniendo junto a su cara un viejo ejemplar de la revista Life en cuya tapa está Hemingway en una fecha no muy lejana a su suicidio. La mirada, la ropa, la gorra de pescador que el escritor usaba a bordo de

su yate Pilar, todo concuerda con el aspecto de David Merryl, el indiscutido triunfador del concurso de Sloppy Joe.

Pero allí estaba, en la antigua calle Duval y Greene, en ese sitio histórico de Cayo Hueso que desde 1981 buscaba émulos de Hem y ahora lo habían logrado con el más perfecto de todos los de ese año del aniversario, de acuerdo al jurado y a la aclamación del público. El bar rebosaba de seguidores del rito y en esa semana se habían agotado los homenajes y los interminables festejos en honor al hombre que encarnaba una especie de arquetipo intelectual y viril. Y fue precisamente en ese instante supremo en que los silbidos y los gritos algo salvajes de los fanáticos atronaban al momento de recibir el colgante y la estatua del evocado que Merryl sintió que todo eso era absurdo y que nada podía justificar que ciento treinta y nueve hombres lucieran esa barba albina y se esmerasen por parecerse a alguien que al final se había disparado con una escopeta de dos caños en la cabeza.

La inquietante vacilación pronto desapareció entre palmoteos y vítores y cayó en el olvido luego de beber mojitos y daikiris con otros competidores e integrantes del público que lo seguían vivando y reconociendo en él un émulo prodigiosamente fiel del malogrado escritor. David Merryl era la reencarnación exterior más asombrosa de Ernest Hemingway.

Luego de Florida y ya regresado a San Antonio, su vida tuvo un vuelco radical. Se convirtió en una celebridad y era invitado permanentemente a programas televisivos, inauguraciones de librerías y bares, concursos de pesca y degustaciones de vinos y otras bebidas que podían tener una relación con el personaje que recordaba y encarnaba.

Desde New York la librería Barnes & Noble lo convocó a Merryl para

realizar una especie de recorrido fantasmal por su sucursal de la 5ª. Avenida, deambulando por entre los anaqueles con la indumentaria que lo convertía en un Hemingway redivivo y al alcance de los lectores desprevenidos que, por momentos de dudosa sorpresa, creyeron estar en presencia de un resucitado o un espectro de carne y hueso. Por supuesto que Meryll cobró por su performance y sus viáticos incluyeron los boletos de avión y el alojamiento en un hotel de 4 estrellas en Manhattan.

La presencia en la famosa librería y algún comentario aparecido en el New York Times en la sección literaria obró en favor de Meryll y lo convirtió en un personaje apetecible para Hollywood. Un productor de HBO que estaba encargado de un documental sobre Hemingway a estrenar en 2011, cuando se cumpliera medio siglo del famoso escopetazo, se puso en contacto con él y lo invitó a viajar a Los Ángeles para conocerlo y evaluar si podía aparecer en algunas escenas que recreaban la vida de Hem. Faltaban casi tres años para su estreno, pero la cadena quería hacer un trabajo de primer nivel.

Por supuesto que Meryll aceptó la invitación y luego de evaluarlo pidió licencia sin goce de sueldo y por tiempo indeterminado en la empresa turística de su tío, que a la sazón ya hacía cinco años que había muerto y había dejado el negocio en manos de sus hijos, los primos de Meryll. Estos, que ya recelaban de la creciente fama de David y de sus reiterados faltazos al trabajo, tomaron una decisión radical y lo despidieron, porque no querían tener al doble de Hemingway al frente de la flota de vans. En realidad Meryll ya estaba por completo desvinculado mentalmente de su ocupación y solo vivía para el parecido y los pequeños shows que montaba en torno a la imagen del escritor.

Cuando viajó a Los Ángeles, Meryll ya estaba liberado de tareas

prácticas y solo pensaba en ser Hemingway y vivir del parecido lo mejor posible. Poco a poco, también, se había empezado a interesar en la vida del escritor y en su obra. Eso se lo debía a la visita a Barnes & Noble, cuando pudo apreciar el número de libros que se referían a Hemingway, el acopio de tomos de su obra y la inmensa cantidad de ensayos, monografías y opúsculos que había editados sobre el autor. La idea que eso le produjo fue que él actuaba como si fuera un envase, algo exterior que no guardaba relación alguna con posibles contenidos que acompañaran su milagroso aspecto. Medió también el comentario del encargado de la librería: “debería complementar el parecido con el conocimiento sobre Hem, eso lo hará parecerse más todavía”.

Otro de los aspectos que habían cambiado de su vida –ahora leía a Hemingway y estudiaba su vida- fue que ya no podía deambular con libertad por lugares públicos y concurridos. Era reconocido por algunas personas –en general de la tercera edad- que lo señalaban y hasta le pedían que se sacara fotos con ellas. Por supuesto que no pensaban en que él era David Merryl de San Antonio, Texas, sino Ernest Hemingway nacido en Oak Park, Illinois, hacía ya 100 años y vivo todavía gracias a él, al hombre que había derrotado a 139 sosías en el concurso de Sloppy Joe, Florida.

Ni bien había ingresado en la zona de arribos del aeropuerto LAX de Los Ángeles y antes de encontrarse con el productor Tom Walker de HBO, un grupo de turistas japoneses lo había interceptado –le pareció notable que japoneses menores de cuarenta años supieran quién era o a quién representaba- para pedirle autógrafos y tomarse fotos. En verdad Merryl no hacía nada para reservar el parecido a ocasiones en que este se justificaba. Iba con su barba y su corpachón vestido como lo hacía Hem sesenta años antes y ello era anacrónico y evidente para quien supiera apreciarlo.

Lo primero que le dijo Walker luego de presentarse y darle la bienvenida fue que tratara de evitar exponerse de esa manera. “Póngase un conjunto de jogging y lentes como los de Matrix. Un abrigo largo también va ayudarlo a que no lo reconozcan. El parecido es su capital, no lo malgaste”. La reflexión del productor fue el primero de una serie de consejos y advertencias que Meryll iría aceptando a medida de que el proyecto del documental fuera materializándose en un contrato, en reuniones con el guionista Mamet, en pruebas fotográficas, en promesas de rodaje en La Habana, San Fermín, Cayo Hueso y otras locaciones en las cuales el verdadero Hemingway había puesto un pie.

Mientras tanto Meryll fue alojado en un hotel del downtown de Los Ángeles y de inmediato se le fijó un salario para que dejara de trabajar como Hemingway en cualquier circunstancia. Su parecido ahora era propiedad de HBO y en lo posible debía evitar ser visto o reconocido como el más perfecto sosías del escritor que había en este mundo. Los planes de comienzo del rodaje se dilataron por detalles que a Meryll no le concernían, mientras él estaba preso en una habitación estándar de un hotel de tres estrellas.

Desde San Antonio, su ex mujer llamaba bastante seguido al hotel para reclamar la pensión que Meryll había dejado de depositar en el Banco. También le reprochaba haberse desentendido de su hija Sue, que ya tenía doce años y cuando salía de su aislamiento preguntaba por su padre. Meryll se limitaba a prometer que cuando empezara la filmación del documental le pagarían lo estipulado en el contrato y entonces se pondría al día con las mesadas. En cuanto a Sue, intentó comunicarse con ella por Skype, pero los diálogos fueron penosos, por no decir inexistentes.

En esa situación de prisionero, Meryll siguió impregnándose de la obra de Hemingway que leyó en su totalidad, desde los inaugurales

Tres relatos y diez poemas al reportaje sobre la fiesta taurina del póstumo *A dangerous summer*. Pero no leyó por placer, curiosidad o interés cultural. Lo hizo para que por un extraño proceso de ósmosis lo que Hemingway había escrito lo penetrase hasta pertenecerle. Eso era irracional, claro, pero Meryll no lo entendía así porque el parecido que le había tocado sobrellevar necesariamente debía ser algo más que exterior. De manera confusa y sin asidero empezaba a creerse una reencarnación del suicida de Ketchum. Pero una mañana, Tom Walker apareció en el hotel, más temprano que lo habitual. David estaba en la cafetería desayunando luego de haber leído hasta las tres de la mañana y por segunda vez *The sun also rises*.

Si hay algo que distingue a un productor avezado es no perder el tiempo en prolegómenos innecesarios cuando habla de sus proyectos. Su primera frase luego de darle los buenos días a Meryll fue breve y demoledora: “Estamos fuera los dos, el documental no se hará”.

Los nombres de Philip y Peter Kaufman, Trish Hoffman, James Gandolfini, Alexandra Ryan, Jerry Stahl y Barbara Turner fueron pronunciados por Walker con gesto desdeñoso, seguido de los de Clive Owen y Nicole Kidman. Enseguida agregó: *Hemingway y Gellhorn*. Esa secuencia telegráfica tardó en operar en el cerebro todavía confuso de Meryll pese a la segunda taza de café que acababa de tomar. De todos los mencionados, solo conocía a Hemingway por supuesto y a Nicole Kidman, la rubia ex mujer de Tom Cruise.

Enseguida Walker aclaró el acertijo. Un cambio de planes en HBO: el documental sería canjeado por un biopic sobre la relación entre Ernest Hemingway y Martha Gellhorn, su tercera esposa que era escritora y periodista. El inglés Clive Owen encarnará a Hemingway y Nicole Kidman a Martha. La gente ya no mira documentales, comentó Walker mientras revolvía el azúcar de su taza de café. Un presupuesto

de catorce millones y medio de dólares con locaciones en Europa. El material que ya se recabó para el documental, sobre todo las imágenes filmadas, se adaptará al biopic. Dirigirá Philip Kaufman, fue lo último que habló Walker sobre el film.

Merryl intentó una débil protesta e invocó el contrato. Walker sonrió con desgano y solo dijo “las últimas dos cláusulas nos ponen a cubierto”. Después agregó: “El hotel está pago hasta el viernes y ayer te depositamos la última mensualidad del arreglo. Estás en libertad para seguir siendo Hemingway en donde se te ocurra.”

De regreso a la habitación una vez que Walker se fuera con un simple apretón de manos y un buena suerte dicho entre dientes, Merryl guleó en su laptop imágenes de Clive Owen para descubrir que no se parecía en nada a Hemingway. Al observarlo en detalle recordó haberlo visto hacía unos años en un film con Julia Roberts y otro inglés de apellido Law. Recordó que le había parecido bastante cretino en su papel.

Merryl estuvo a punto de afeitarse la barba esa mañana. No lo hizo porque a último momento y con la cara ya enjabonada no se animó a verse tal cual era, es decir como David Merryl sin empleo y lejos de su casa, recién despedido de un proyecto que pudo darle una razón para seguir creyendo en sí mismo. Ahora era nadie, o al menos su identidad como doble de Hemingway había sido devuelta al jolgorio del Sloppy Bar tres minutos antes de ser elegido ganador. Si hubiese perdido era probable que no lo hubiera tomado a pecho, pese a ser esa la octava vez que lo intentaba en ese concurso. Hubiera regresado a San Antonio y a la compañía turística para seguir al frente de la flota de vans y divertirse de vez en cuando con el parecido. Pero ya no podía volver a ser ese tipo de Hemingway, ocasional y por supuesto amateur. El actual era diferente porque había estado a punto de dar el salto a las grandes ligas.

Tenía razón Walker: el parecido era un capital que debía cuidar. Mientras se quitaba el jabón de la cara supo a donde iría y para qué.

Había estado en Las Vegas antes, unas cuatro o cinco veces, según recordaba. Pero lo había hecho cuando todavía no tenía conciencia de su parecido con Hemingway, por lo tanto era como David Merryl que había llegado al Hotel Sands, antes que lo implosionaran en 1996. Eso tuvo que ser allá por mediados de los setenta, cuando tenía apenas veinte años y había viajado con dos compañeros de la secundaria a vivir un fin de semana alocado en el que gastaron sus ahorros de seis meses. Como Merryl también estuvo en el Flamingo, en el Bellagio y en el Caesar Palace, para ver la pelea de Sugar Ray Leonard contra Thomas Hearns en 1989. Ahora iba a regresar a la ciudad del juego en cuyos vestíbulos de hotel y casinos la noche es perpetua, pero iba a hacerlo no como David Merryl sino como Ernest Hemingway reencarnado en él.

¿Había estado Papa alguna vez en Las Vegas? Merryl no lo sabía, pero ese detalle era irrelevante.

Sin embargo, ese detalle fue el decisivo para que su intento en Las Vegas se desbaratase al tercer día de vagar por los hoteles ofreciéndose como espectáculo, como curiosidad o como lo que fuera que cualquier gerente se le ocurriera que Merryl hiciera. En realidad Hemingway –el verdadero o los falsos que pudieron sucederlo- no interesaba a nadie. El estándar era Elvis, Sinatra por supuesto, sin duda Marilyn, pero no Hem. ¿Qué podía hacer Merryl con el parecido, con la

cultivada barba, la nariz operada y el mantenido vientre salvo sonreír como un fantasma extraviado en el presente? ¿Vagar por entre las mesas de juego con un rifle de caza como el protagonista de La breve vida feliz de Francis Macomber? ¿Sentarse junto a los jugadores de punto y banca vestido de corresponsal de guerra? ¿Hacer fintas de box en un ring con un sosías de Sony Liston?

El último gerente con el que logró entrevistarse le dijo que se había equivocado no solo de ciudad sino de estado: Hollywood es el lugar para lo suyo, le comentó mientras lo despedía con esa fingida condescendencia que tanto irritaba a Meryll. Con un tono casi didáctico, como el que podría emplear un maestro con un escolar, el gerente le dijo que si bien Las Vegas era la meca del falso absoluto y la capital mundial de la imitación –bastaba darse una vuelta por el fastuoso Venice para comprenderlo- imaginar a Hemingway –no el verdadero o el imitador- sino el significado mismo del personaje incorporado a cualquier ambiente de la ciudad, en especial el de los casinos y sus espectáculos era una grosera confusión. Un hombre que había amado el peligro y gozado de la vida salvaje y de la naturaleza más variada, participado en dos guerras mundiales y formado parte de la invasión a Normandía, no merecía –su memoria claro- ser rebajado a deambular por entre los deslumbrados e irreflexivos habitantes de la ciudad más alejada del espíritu del suicida de Ketchum. De todo lo que hay aquí, sólo la bebida podría interesarle, remató el gerente su reflexión.

El regreso a San Antonio fue silencioso y en el aeropuerto, ningún turista lo detuvo para sacarse una foto. La decadencia de Meryll no tenía parecido alguno con la de Hemingway. Se trataba de asuntos distintos en vidas diferentes. Sin embargo, el extravío y la sensación de absoluto fracaso que agobiaba a Meryll eran auténticos y la depresión verdadera.

Por unas semanas se dedicó a gastar sus ahorros simplemente en vivir, alejado de toda ocupación que no fuera la de juntar coraje para afeitarse la barba de una vez. Meryll sabía que ese era el límite y a la vez el factor que habría de redimirlo. Tenía que despegarse de Hemingway, quitárselo como una piel resquebrajada y muerta que ya no le servía. Los años dedicados al parecido habían terminado y lo que tenía por delante, si la aceptaba, era su propia vida simple y rutinaria hasta que la muerte llegase.

No necesitaba de ningún escopetazo para saltar al otro lado. Eran suficientes una tijera de buen filo y una rasuradora descartable, además de un espejo, claro. Lo único en común con la tragedia de Ketchum sería la hora, la mañana que lo liberaría del parecido y sus inútiles ceremonias.

Fue un viernes, después de desayunar, cuando Meryll decidió dejar de ser Ernest Hemingway para siempre.

La última noche del cazador

“Un hombre puede ser destruido pero no derrotado”

Ernest Hemingway

1

Un hombre debería poder dormir, pensó mientras bajaba la escalera con el pijama azul y las viejas pantuflas que Mary le había regalado para que le hicieran juego con su bata preferida, la del emperador -según él la llamaba- que se ponía por superstición y porque le gustaba eso raído que tenía. Ni viejo ni sucio, raído por el uso de su cuerpo gastado.

Era el silencio: lo supo de inmediato. El silencio lo asecha, está allí, instalado, inmóvil como algo invisible que quiere sujetarlo. Le da miedo ese silencio de la mañana, pero más lo ha aterrorizado el de la noche insomne. La última noche del cazador, buen título si pudiera escribir algo a partir de él, había pensado dos o tres horas antes, cuando se había levantado a mear.

Estuvo a punto de anotar algo, una idea fugaz que le había llegado mientras el chorro débil y entrecortado resonaba en la taza como una lenta y módica lluvia de mínimas gotas. Pero no lo hizo, volvió a la cama y la idea desapareció, inasible y volátil como una polilla que, luego de

rebotar en el vidrio de un farol varias veces, por fin se desvía hacia la noche y desaparece.

Al pie de la escalera se pone la bata que traía colgada de un brazo, como un recuerdo.

Está solo, “condenadamente solo”, se dice y considera cada objeto o mueble que le rodea. En realidad está perdido, rodeado de vacío. Por momentos no reconoce lo que ve. Ni uno solo de los objetos le resulta familiar, porque en esa casa todo le parece extraño, fuera de lugar, ajeno. Extraña El Vigía, en especial sus gatos, como antes había extrañado el aire de Cayo Hueso. No es ese su lugar: todo se le escapa, se desvanece aunque lo toque. Ni siquiera el olor de esa casa le pertenece.

El sol se filtra a través de las persianas de las ventanas del frente, anunciando la mañana y el verano que llegó hace apenas unos días. La luz le molesta, hiere sus ojos. Hace tiempo que ve mal y solo puede leer un viejo ejemplar de Huckleberry Finn, de grandes caracteres. Ya casi no distingue los de las teclas de la máquina de escribir, el Dr. Corona, como él la llama. Los signos, las letras, bailotean a veces delante de sus ojos, como si se burlasen. Un mundo que se le escapa, que se va desvaneciendo para perderse en la negrura.

Tengo que encontrar esa llave, piensa, deslumbrado por las líneas horizontales de luz. Se aleja dos pasos de la escalera y duda por dónde empezar. Mary la escondió, como hizo con la idea del cazador y la polilla rebotando contra el vidrio del farol. Tuvo que ser en Machakos, esa noche en la selva, un siglo atrás. O tal vez mucho antes, cuando ni siquiera sabía que escribir o no hacerlo podían significar un dolor.

De manera fugaz la imagen de una bestia abatida por el certero disparo de su rifle Springfield se instala entre los haces de luz y el espacio incierto que hay entre él y la ventana. “Pauline”, piensa,

indeciso, “fue ella”. Recuerda que él había apretado el gatillo una fracción de segundo después que su mujer, y los porteadores festejaron a la mujer blanca que había cobrado su primer león. “Era mío en realidad”, murmura y las luces trasversales parecen querer cegarlo. “Maga piga simba”, cantaban los porteadores mientras las moscas se cebaban en la sangre de la herida. En la noche, la sangre siempre es negra, pero de día puede refulgir como un rubí, como si la vida pudiera convertirse de pronto en una joya líquida que en poco tiempo habrá de cuajarse y volverse oscura y opaca.

No sabe quién es Pauline, lo ha olvidado, pese a ese fragmentado y breve recuerdo de África, con ese canto que suena ahora en sus oídos y lo distrae de algo que es importante: la llave.

Tutti mi chiamano bionda: la tonada que cantaron la noche anterior con Mary todavía pervive como un hábito extraño en esa mañana y se superpone al canto de los porteadores. Fue luego de cenar en el restaurante con George Brown y Mary que le pareció que esa noche podía traerle un cierto alivio, una tregua a la opresión en su cabeza y a la sensación de pánico que lo paralizaba.

La polilla vuelve a estrellarse contra el farol.

2

¿Qué día es hoy?

No tiene idea de la fecha, aunque sabe perfectamente que es domingo. Sigue indeciso al pie de la escalera, envuelto en la bata raída. Siente que la noche ha durado una eternidad y que la mañana luminosa no va a aliviarlo de nada. Los días luminosos ya no lo vivifican porque

los soles del Caribe, Pamplona o Málaga no regresarán. Ahora el sol se filtra a través de las persianas y le ha permitido bajar para buscar la llave de lo que Mary guarda.

Camina unos pasos por el estar, sin decidirse a nada que no sea pensar en el escondite. Durante la noche insomne lo decidió y fue eso, probablemente, lo que lo mantuvo al borde de gritar que un hombre como él tiene derecho a dormir. Un sueño para siempre: eso necesita.

De pronto recuerda al hombre que lo ha estado siguiendo. Alguien común, vestido con un ambo color gris y camisa blanca con corbata oscura. No ha dejado de espiarlo. Está convencido que durante la noche lo asechó, de una manera que no logra entender. Le parece posible que hayan practicado orificios en las paredes o el techo. Quizá el “fed” –siempre llama así a esos que no dejan de seguirlo- está todavía trepado al techo de la casa. El otro quizá esté agazapado en las sombras. Está claro que necesita encontrar esa llave.

“Shanghaled”, murmura. ¿Qué palabra es esa? Hace semanas que da vueltas en su cabeza, pero ignora qué significa. Su problema, lo sabe, son las palabras. Las palabras que ya no le obedecen. La frase que le encargaron para el libro del Presidente: un día entero pasó ante la hoja en blanco, mirando el vacío y tratando de que algo surgiese con aquella fluida secuencia de antes. Su teoría del pozo le decía que ahora este estaba seco. En realidad el pozo le parece un abismo insondable cuyo fondo se pierde en la negrura. Solía escribir todas las mañanas a esa hora y hasta llevaba un recuento de las palabras que iba acumulando. “Eso se ha perdido”, dijo. “Las palabras se me niegan: como las mujeres o el sueño”, pensó y miró otra vez la escalera por la que acababa de descender.

En ese momento añoró una mañana fría, una laguna, patos, el aroma de la vegetación húmeda rodeándolo. ¿De dónde le venía esa idea?

“Cada vez que salgo de caza puede ser la última y no permitiré que ningún estúpido me la arruine”: la frase resonó en su mente como si acabara de escribirla. No sabía de dónde provenía, pero estaba seguro que le pertenecía y que de alguna manera las palabras habían reaparecido, frescas y diáfanas, desde el fondo del pozo seco. Parecían venir desde otra mañana y desde un lugar en donde, creía, había sido feliz. Eso había sido muchos años después de aquella guerra, la primera que había librado, cuando, pese a que lo hirieron y tuvo que ser hospitalizado, había adquirido una absoluta confianza en su inmortalidad personal. Tal vez la inmortalidad fuese, sencillamente, el recuerdo de la juventud perdida y el hecho de haber sobrevivido a la metralla la primera vez que se había enfrentado de veras con la muerte. Esa cita postergada lo ha asediado el resto de su vida; un asunto pendiente, eso era la muerte. Pero Mary había escondido la llave y debía poner todo su esfuerzo en encontrarla.

Era el día de su última cacería y ni siquiera había elegido su arma. Fue hasta la cocina arrastrando las piernas, un poco encorvado y todavía deslumbrado por los haces de luz que atravesaban las persianas.

Su padre lo había enseñado a hacerlo, a condición de comer lo que cazase. En cumplimiento de esa norma una vez tuvo que tragar carne de puercoespín, algo revulsivo e inolvidable. Después la caza se convirtió en un atributo de su imagen, una evasión salvaje y peligrosa. Tenía una oscura necesidad de infligir la muerte, de sentir el poder de

matar, suprimir la vida como gesto supremo y simple a la vez. Lo mismo le sucedía cuando iba de pesca. Pero siempre, buscar la presa era el inicio de esa ceremonia secreta que, por fin lo había comprendido, le hacía partícipe del único drama verdadero que existía: matar o morir. Tal vez, de todas las variantes de ese argumento, la más verdadera era la del matador en el ruedo, el diestro enfrentado a la bestia oscura en medio del círculo de la plaza de las Ventas o cualquiera en las que hubiese estado. Él había ensalzado todo eso, lo había vivido como experiencia límite y decisiva. Una vez había pensado o dicho que el coraje era la elegancia bajo presión. Y ese coraje se ejercía plenamente cuando uno enfrentaba a la muerte. Con o sin elegancia.

Con las primeras luces del alba, sintió que había llegado el momento de salir a buscarla. Ella ya había estado merodeando, insinuándose en los pliegues de la realidad como una fiera en la selva. Recordaba la tarde que en el estacionamiento de un aeropuerto había buscado frenéticamente un arma en las guanteras de los autos estacionados. Sabía que ella estaba cerca. Había podido olerla, presentir su presencia en detalles que alguien que no fuese un cazador no hubiera advertido. En realidad, llevaba muchísimos años asediándolo y él lo sabía. Y por lo menos tres o cuatro veces habían estado a punto de verse las caras, la última en el segundo accidente con el avión. Sin embargo, en esa ocasión ella se le había escabullido como si el encuentro inevitable se hubiera postergado por alguna razón misteriosa. Como fuera, la partida no había finalizado y el merodeo se renovaba.

Necesitaba la llave. Al pie de la escalera volvió a sentirse perdido y a merced de algo invisible pero próximo. Tuvo otra vez la sensación de que la presa estaba muy cerca y que iba a sorprenderlo sin su arma. Un cazador con las manos vacías no puede hacer nada cuando se enfrenta a su presa.

Se sintió indefenso y vulnerable. Buscó con la mirada algún lugar adecuado en donde Mary hubiera puesto la llave. Entonces vio la caja de ébano con incrustaciones de marfil. Estaba sobre una mesa baja que había en el estar. La caja era un regalo o un souvenir. Su tapa tenía un dibujo taraceado que representaba una especie de ídolo salvaje y primitivo. No podía recordar en donde la había obtenido o quién se la había regalado.

Le vinieron a la mente, como un tropel de gacelas atravesando una planicie amarilla, los objetos de su escritorio de El Vigía. Surgieron de la nada: un fajo de cartas, un león de juguete, cartuchos de escopeta, estatuillas de madera con la forma de diversos animales, incluidas dos cebras y un puercoespín, una bolsa con dientes de carnívoros, los poemas completos de T. S. Elliot, *The Common Reader* de Virginia Woolf, una pequeña góndola de metal oscuro. ¿Dónde ha quedado todo eso? Ahora tenerlos en ese momento al alcance de la mano, en especial la góndola que le recuerda a Venecia; es Venecia y él lo sabe, seguro el Harry's Bar. Cada objeto que ahora necesita es algo más cuyo significado por supuesto se le escapa. Por alguna razón los tenía, le pertenecían y ahora no los tiene.

Quisiera estar a bordo del Pilar, en medio de la corriente del Golfo. ¿Dónde están todos los que me acompañaban?, piensa, envuelto en la bata, la mirada buscando la llave mientras la mañana va iluminándose cada vez más. Pero ahora todo ese mundo ha quedado atrás, lo ha perdido como su vista o la posibilidad de escribir algo que supere las dos líneas. Todavía tiene pendiente el texto para el joven presidente recién electo, y ese asunto, ahora lo entiende, es la razón de que sea espiado, seguido a todas partes por ese hombre del tejado. Lo asedian como si fuese un maldito rojo.

Por fin encuentra la llave. La tiene en la mano y el contacto con ella le produce una especie de hormigueo interior que, al no poder definirlo con otra palabra, se parece mucho a la excitación en un sentido sexual.

Debe ahora actuar con rapidez para que la presa no se le escape. De todas las que ha cazado a lo largo de su vida quizá ésta le ha resultado la más esquivada y la que por más tiempo ha perseguido. En el silencio de la casa, sus oídos atentos son capaces de percibir cada mínimo acercamiento de la presa. No es la hierba o las ramas las que crujen al ser pisadas o quebradas o es el aire el que cambia por el tufo de la bestia que se acerca: la presencia se manifiesta en otras señales que lo previenen para el encuentro inminente. Él sabe que ella está en la casa y lo primero que debe hacer es abrir la vitrina donde se guardaban las armas.

¿Cuál debe elegir? Desde que era niño sabe que las armas forman parte de la vida. Su padre se lo había explicado y le había enseñado a usarlas. Un arma es poder concentrado en la munición. Hay una especie de sensualidad en esa sensación que se siente con solo apreciar el peso de una carabina de caza. Poner un cartucho en una recámara equivale a dar un paso hacia la muerte. De eso se trata: un arma es, siempre, un camino hacia el otro lado y el estampido del disparo es como un grito. También ese grito puede ser un telegrama, como el que su hermana Carol le había enviado treinta y tres años atrás para anunciarle que su padre acababa de morir. Iba en un tren de New York a Key West, llevando a su hijo Bumby que había venido desde París a pasar con él unas vacaciones. Ya hacía frío porque era

noviembre, pero en el sur de Florida la temperatura era diferente.

El telegrama se lo habían entregado en la estación de Trenton, New Jersey, y las escuetas líneas no especificaban que el doctor se había pegado un tiro detrás de la oreja con un revolver Smith & Wesson del 32. Eso lo supo después. En la vida y en la literatura, él no admitía esa posibilidad de evadirse, porque delataba falta de valor. Había que mantener la elegancia aún bajo la más terrible de las circunstancias. Y el coraje era, volvía a pensar en ello, la elegancia bajo presión.

No quería que la presa advirtiera su presencia estando desarmado. Metió la llave en el bolsillo de la bata y le pareció que el tiempo se había detenido por completo y que él formaba parte de una línea de escritura. Era extraña esa idea, pero cuando dio el siguiente paso, la idea desapareció y solo quedó el silencio que la presa iba horadando.

La elección de las armas es un detalle decisivo para lograr una buena cacería y esa mañana no podía ser la excepción. Durante la noche insomne había estado dudando, pero ya lo tenía resuelto. No podía equivocarse y no lo haría. Antes de llegar hasta la vitrina donde guardaba las armas estaba seguro de cual habría de elegir.

5

La elección fue fácil. No recordaba cuánto había cazado con esa carabina inglesa fabricada por W. y C. Scott, pero recordaba haberla llevado a los torneos de tiro en Cuba y para cazar patos en Italia. Ahora, su peso y apariencia eran apropiados para la presa que lo aguardaba.

Tomó con cuidado los dos cartuchos y los introdujo en los caños. Después movió la articulación del arma y escuchó el sonido de la traba

del mecanismo. Era una escopeta bella, antigua y en perfecto mantenimiento. Ahora estaba en condiciones de enfrentar la presa que cada vez estaba más próxima. Pero había una dificultad: cómo diablos jalaría del gatillo. Se sabía de brazos largos y sus piernas también lo eran, pese a la ruina actual.

Avanzó escopeta en mano con la expresión habitual del cazador avezado: atento a la atmósfera, al silencio engañoso y a la más mínima alteración del terreno. Cada vez la presa estaba más cerca, aunque todavía no podía verla. Sabía, además, que al contrario que Macomber, no tenía la opción de huir o de escamotear la cobardía matando un búfalo. Macomber, ese infeliz, pensó. ¿De dónde había surgido? Nadie lo había invitado a esa cacería que comenzaba. No obstante algo así como su sombra parecía estar siguiéndolo. O tal vez fuera el hombre del tejado.

“Vamos”, escuchó una voz detrás de él. Se dio vuelta y entonces lo vio, siguiéndolo por el sendero que atravesaba la espesura. Era un hombre de estatura mediana y pelo pajizo, con un bigotillo de pelos cortos y tiesos, la cara muy roja y unos ojos extremadamente azules con unas arruguillas blancas en las comisuras que se hacían más profundas cuando sonreía. Llevaba una chaqueta holgada, con cuatro grandes cartuchos en las presillas donde debió estar el bolsillo izquierdo. Tenía unas manos grandes y morenas, unos pantalones viejos, unas botas muy sucias y una cara roja que asomaba bajo el ala del sombrero Stetson. A la cara la reconoció de inmediato, por más que nunca antes la había visto. Sabía que pertenecía a alguien llamado Robert Wilson y se trataba de un cazador profesional. El cazador le sonreía con un dejo de complacencia, con algo que insinuaba desdén o menosprecio. Por una extraña circunstancia, supo que Wilson era un testigo molesto de algo que tiempo atrás lo había humillado. Entonces

el nombre Macomber se cruzó de nuevo por su mente y la espesura y el sendero se le hicieron más nítidos. La voz a su espalda habló:

-Señor Hemingway, soy un cazador profesional. Nunca hablamos de nuestros clientes.

Ya lo sé, pensó y se detuvo sosteniendo la escopeta. Tenía la vaga idea de que ya había escrito sobre eso y ese dudoso recuerdo se empecinaba en superponerse a la realidad.

6

Tal vez su mente estragada le permitió la epifanía de su última cacería y la vida le concedió un instante postrero de confusión benéfica. La casa se convirtió en cualquier jungla que había recorrido fusil en mano y la mañana dejó de ser el sol que atravesaba las rendijas de la persiana para convertirse en ese mismo sol filtrándose por entre las ramas de árboles selváticos. Es posible que al momento de apuntar hacia su cara pensase que lo hacía hacia esa bestia invisible que no obstante podía oler e intuir muy cerca y ya sin posibilidades de fallar el tiro.

El olor no era muy diferente del que había en el frente italiano cuando manejaba aquella ambulancia o el del ruedo, cuando el tufo del toro que se desangra se confunde con el del sudor del diestro sosteniendo su espadín a medio metro de la cabeza encornada. La bestia invisible siempre provoca ese aroma inconfundible que es amenaza y a la vez liberación. La cacería iba a terminar por fin porque a la distancia que le apuntaba a la presa era imposible que fallara el tiro.

Y no lo hizo.

INDICE

Gato bajo la lluvia

El doble

La última noche del cazador